

cuando la anciana vió pasar, veloz como el viento, el jamelgo de Ponte, y comprendió lo que había pasado. Ya se lo temía ella, porque no estaba Frasquito para tales bromas, ni su edad le consentía tan ridículos alardes de presunción. Mas no quiso detenerse á saber lo cierto del lance, porque anhelaba llegar pronto á Madrid para que descansase Almudena, que sufría de calenturas y se hallaba extenuado. Paso á paso avanzaron en su camino, y en la Puerta de San Vicente, ya cerca de anochecido, sentáronse á descansar, esperando ver pasar á los expedicionarios con la víctima en una parihuela. Pero no viéndoles en más de media hora que allí estuvieron, continuaron su camino por la Virgen del Puerto, con ánimo de subir á la calle Imperial por la de Segovia. En lastimoso estado iban los dos: Benina descalza, desgarrada y sucia la negra ropa; el moro envejecido, la cara verde y macilenta; uno y otro revelando en sus demacrados rostros el hambre que habían padecido, la opresión y tristeza del forzado encierro en lo que más parece mazmorra que hospicio.

No podía apartar la Nina de su pensamiento la imagen de Doña Paca, ni cesaba de figurarse, ya de un modo, ya de otro, el acogimiento que en su casa tendría. Á ratos esperaba ser recibida con júbilo; á ratos temía encontrar á Doña Francisca furiosa por el aquél de haber ella

pedido limosna, y, sobre todo, por andar con un moro. Pero nada ponía tanta confusión y barullo en su mente como la idea de las novedades que había de encontrar en la familia, según Antonio con vagas referencias le dijera al salir del Pardo. ¡Doña Paca, y él, y Obdulia eran ricos! ¿Cómo? Ello fué cosa súbita, traída de la noche á la mañana por D. Romualdo... ¡Vaya con Don Romualdo! Le había inventado ella, y de los senos oscuros de la invención salía persona de verdad, haciendo milagros, trayendo riquezas, y convirtiendo en realidades los soñados dones del Rey *Samdai*. ¡Quiá! Esto no podía ser. Nina desconfiaba, creyendo que todo era broma del guasón de Antoñito, y que en vez de encontrar á Doña Francisca nadando en la abundancia, la encontraría ahogándose, como siempre, en un mar de trampas y miserias.

XXXVIII

Temblorosa llegó á la calle Imperial, y habiendo mandado al moro que se arrimara á la pared y la esperase allí, mientras ella subía y se enteraba de si podía ó no alojarle en la que

fué su casa, le dijo Almudena: «No *bandonar* tú mí, *amri*.

—¿Pero estás loco? ¿Abandonarte yo ahora que estás malito, y los dos andamos tan de capa caída? No pienses tal desatino, y aguárdame. Te pondré ahí enfrente, á la entrada de la calle de la Lechuga.

—¿No *n'gañar* tú mí? ¿*Golver* ti pronta?

—En seguidita que vea lo que ocurre por arriba, y si está de buen temple mi Doña Paca.»

Subió Nina sin aliento, y con gran ansiedad tiró de la campanilla. Primera sorpresa: le abrió la puerta una mujer desconocida, jovenzuela, de tipito elegante, con su delantal muy pulcro. Benina creía soñar. Sin duda los demonios habían levantado en peso la casa para cargar con ella, dejando en su lugar otra que parecía la misma y era muy diferente. Entró la prófuga sin preguntar, con no poco asombro de Daniela, que al pronto no la conoció. ¿Pero qué significaban, qué eran, de dónde habían salido aquellos jardines, que formaban como alameda de preciosos arbustos desde la puerta, en todo lo largo del pasillo? Benina se restregaba los ojos, creyendo hallarse aún bajo la acción de las estúpidas somnolencias del Pardo, en las fétidas y asfixiantes cuadras. No, no; no era aquélla su casa, no podía ser, y lo confirmaba la aparición de otra figura desconocida, como de cocinera

fina, bien puesta, de semblante altanero... Y mirando al comedor, cuya puerta al extremo del pasillo se abría, vió... ¡Santo Dios, qué maravilla, qué cosa...! ¿Era sueño? No, no, que bien segura estaba de verlo con los ojos corporales. Encima de la mesa, pero sin tocar á ella, como suspendido en el aire, había *un montón* de piedras preciosas, con diferentes brillos, luces y matices, encarnadas unas, azules ó verdes otras. ¡Jesús, qué preciosidad! ¿Acaso Doña Paca, más hábil que ella, había efectuado el conjuro del Rey *Samdai*, pidiéndole y obteniendo de él las carretadas de diamantes y zafiros? Antes de que pudiera comprender que todo aquel centellear de vidrios procedía de los colgajos de la lámpara del comedor, iluminados por una vela que acababa de encender Doña Paca para revisar los cuchillos que de la casa de préstamos acababa de traerle Juliana, apareció ésta en la puerta del comedor, y cortando el paso á la pobre vieja, le dijo entre risueña y desabrida:

—«Hola, Nina, ¿tú por aquí? ¿Has parecido ya? Creímos que te habías ido al Congo... No pases, no entres; quédate ahí, que nos vas á poner perdidos los suelos, lavados de esta tarde... ¡Bonita vienes!... Quitá allá esas patas, mujer, que manchas los baldosines...»

—¿En dónde está la señora?—dijo Nina, vol-

viendo á mirar los diamantes y esmeraldas, y dudando ya que fueran efectivos.

—La señora está aquí... Pero te dice que no pases, porque vendrás llena de miseria...»

En aquel momento apareció por otro lado la señorita Obdulia, chillando: «Nina, bien venida seas; pero antes de que entres en casa, hay que fumigarte y ponerte en la colada... No, no te arrimes á mí. ¡Tantos días entre pobres inmundos!... ¿Ves qué bonito está todo?»

Avanzó Juliana hacia ella sonriendo; pero al través de la sonrisa, hubo de vislumbrar Nina la autoridad que la ribeteadora había sabido conquistar allí, y se dijo: «Esta es la que ahora manda. Bien se le conoce el despotismo.» Á las arrogancias revestidas de benevolencia con que la acogió la tirana, respondió Nina que no se iría sin ver á su señora.

«Mujer, entra, entra,—murmuró desde el fondo del comedor, con voz ahogada por los sollozos, la señora Doña Francisca Juárez.

Manteniéndose en la puerta, le contestó Benina con voz entera: «Aquí estoy, señora, y como dicen que mancho los baldosines, no quiero pasar; digo que no paso... Me han sucedido cosas que no le quiero contar por no afligirla... Lleváronme presa, he pasado hambres... he padecido vergüenzas, malos tratos... Yo no hacía más que pensar en la señora, y en si ten-

dría tam bién hambre, y si estaría desamparada.

—No, no, Nina: desde que te fuiste, ¡mira qué casualidad! entró la suerte en mi casa... Parece un milagro, ¿verdad? ¿Te acuerdas de lo que hablábamos, aburriditas en esta soledad, ¡ay! en aquellas noches de miseria y sufrimientos? Pues el milagro es una verdad, hija, y ya puedes comprender que nos lo ha hecho tu Don Romualdo, ese bendito, ese arcángel, que en su modestia no quiere confesar los beneficios que tú y yo le debemos... y niega sus méritos y virtudes... y dice que no tiene por sobrina á Doña Patros... y que no le han propuesto para Obispo... Pero es él, es él, porque no puede haber otro, no, no puede haberlo, que realice estas maravillas.»

Nina no contestó sílaba, y arrimándose á la puerta, sollozaba.

«Yo de buena gana te recibiría otra vez aquí —afirmó Doña Francisca, á cuyo lado, en la sombra, se puso Juliana, sugiriéndole por lo bajo lo que había de decir;—pero no cabemos en casa, y estamos aquí muy incómodas... Ya sabes que te quiero, que tu compañía me agrada más que ninguna... pero... ya ves... Mañana estaremos de mudanza, y se te hará un hueco en la nueva casa... ¿Qué dices? ¿Tienes algo que decirme? Hija, no te quejarás: ten presente que te fuiste de mala manera, dejándome sin una

miga de pan en casa, sola, abandonada... ¡Vaya con la Nina! Francamente, tu conducta merece que yo sea un poquito severa contigo... Y para que todo hable en contra tuya, olvidaste los sanos principios que siempre te enseñé, largándote por esos mundos en compañía de un morazo... Sabe Dios qué casta de pájaro será ese, y con qué sortilegios habrá conseguido hacerte olvidar las buenas costumbres. Dime, confíesamelo todo: ¿le has dejado ya?

—No, señora.

—¿Le has traído contigo?

—Sí, señora. Abajo está esperándome.

—Como eres así, capaz te creo de todo... ¡hasta de traérmele á casa!

—Á casa le traía, porque está enfermo, y no le voy á dejar en medio de la calle,—replicó Benina con firme acento.

—Ya sé que eres buena, y que á veces tu bondad te ciega y no miras por el decoro.

—Nada tiene que ver el decoro con esto, ni yo falto porque vaya con Almudena, que es un pobrecito. Él me quiere á mí... y yo le miro como un hijo.»

La ingenuidad con que expresaba Nina su pensamiento no llegó á penetrar en el alma de Doña Paca, que sin moverse de su asiento, y con los cuchillos en la falda, prosiguió diciéndole:

«No hay otra como tú para componer las cosas, y retocar tus faltas hasta conseguir que parezcan perfecciones; pero yo te quiero, Nina; reconozco tus buenas cualidades, y no te abandonaré nunca.

—Gracias, señora, muchas gracias.

—No te faltará qué comer, ni cama en qué dormir. Me has servido, me has acompañado, me has sostenido en mi adversidad. Eres buena, buenísima; pero no abuses, hija; no me digas que venías á casa con el moro *de los dátiles*, porque creeré que te has vuelto loca.

—Á casa le traía, sí, señora, como traje á Frasquito Ponte, por caridad... Si hubo misericordia con el otro, ¿por qué no ha de haberla con éste? ¿Ó es que la caridad es una para el caballero de levita, y otra para el pobre desnudo? Yo no lo entiendo así, yo no distingo... Por eso le traía; y si á él no le admite, será lo mismo que si á mí no me admitiera.

—Á tí siempre... digo, siempre no... quiero decir... es que no tenemos hueco en casa... Somos cuatro mujeres, ya ves... ¿Volverás mañana? Coloca á ese desdichado en una buena fonda... no, ¡qué disparate! en el Hospital... No tienes más que dirigirte á D. Romualdo... Dile de mi parte que yo le recomiendo... que lo mire como cosa mía... ¡ay, no sé lo que digo!... como cosa tuya, y tan tuya... En fin, hija, tú

verás... Puede que os alberguen en la casa del Sr. de Cedrón, que debe de ser muy grande... tú me has dicho que es un caserón enorme que parece un convento... Yo, bien lo sabes, como criatura imperfecta, no tengo la virtud en el grado heroico que se necesita para alternar con la pobreza sucia y apestosa... No, hija, no: es cuestión de estómago y de nervios... De asco me moriría, bien lo sabes. ¡Pues digo, con la miseria que traerás sobre tí!... Yo te quiero, Nina; pero ya conoces mi estómago... Veo una mota en la comida, y ya me revuelvo toda, y estoy mala tres días... Llévate tu ropa, si quieres mudarte... Juliana te dará lo que necesites... ¿Oyes lo que te digo? ¿Por qué callas? Ya, ya te entiendo. Te haces la humilde para disimular mejor tu soberbia... Todo te lo perdono; ya sabes que te quiero, que soy buena para tí... En fin, tú me conoces... ¿Qué dices?

—Nada, señora, no he dicho nada, ni tengo nada que decir—murmuró Nina entre dos suspiros hondos.—Quédese con Dios.

—Pero no te irás enojada conmigo,—añadió con trémula voz Doña Paca, siguiéndola á distancia en su lenta marcha por el pasillo.

—No, señora... ya sabe que yo no me enfado...—replicó la anciana mirándola más compasiva que enojada.—Adiós, adiós.»

Obdulia condujo á su madre al comedor di-

ciéndole: «¡Pobre Nina!... Se va. Pues mira, á mí me habría gustado ver á ese moro Muza y hablar con él... ¡Esta Juliana, que en todo quiere meterse!...»

Atontada por crueles dudas que desconcertaban su espíritu, Doña Francisca no pudo expresar ninguna idea, y siguió revisando los cubiertos desempeñados. En tanto, Juliana, conduciendo á la Nina hasta la puerta con suave opresión de su mano en la espalda de la mendiga, la despidió con estas afectuosas palabras: «No se apure, *señá* Benina, que nada ha de faltarle... Le perdono el duro que le presté la semana pasada, ¿no se acuerda?

—Señora Juliana, sí que me acuerdo. Gracias.

—Pues bien: tome además este otro duro para que se acomode esta noche... Váyase mañana por casa, que allí encontrará su ropa...

—Señora Juliana, Dios se lo pague.

—En ninguna parte estará usted mejor que en la *Misericordia*, y si quiere, yo misma le hablaré á D. Romualdo, si á usted le da vergüenza. Doña Paca y yo la recomendaremos... Porque mi señora madre política ha puesto en mí toda su confianza, y me ha dado su dinero para que se lo guarde... y le gobierne la casa, y le *suministre* cuanto pueda necesitar. Mucho tiene que agradecer á Dios por haber caído en estas manos...

—Buenas manos son, señora Juliana.

—Vaya por casa, y le diré lo que tiene que hacer.

—Puede que yo lo sepa sin necesidad de que usted me lo diga.

—Eso usted verá... Si no quiere ir por casa...

—Iré.

—Pues, *señá* Benina, hasta mañana.

—Señora Juliana, servidora de usted.»

Bajó de prisa los gastados escalones, ansiosa de verse pronto en la calle. Cuando llegó junto al ciego, que en lugar próximo la esperaba, la pena inmensa que oprimía el corazón de la pobre anciana reventó en un llorar ardiente, angustioso, y golpeándose la frente con el puño cerrado, exclamó: «¡Ingrata, ingrata, ingrata!

—No *yorar* tí, *amri*—le dijo el ciego cariñoso, con habla sollozante.—Señora tuya mala ser, tú *ángela*.

—¡Qué ingratitud, Señor!... ¡Oh mundo... oh miseria!... Afrenta de Dios es hacer bien...

—*Dir* nosotros *luejos*... *dirnos*, *amri*... *Dispreciar* tí *mondo* malo.

—Dios ve los corazones de todos; el mío también lo ve... Véalo, Señor de los cielos y la tierra, véalo pronto.»

XXXIX

Dicho lo que antecede, se limpió las lágrimas con mano temblorosa, y pensó en tomar las resoluciones de orden práctico que las circunstancias exigían.

«*Dirnos*, *dirnos*,—repitió Almudena cogiéndola del brazo.

—¿Á dónde?—dijo Nina con aturdimiento.—¡Ah! lo primero á casa de D. Romualdo.»

Y al pronunciar este nombre se quedó un instante lela, enteramente idiota.

—«*R'maldo* mentira,—declaró el ciego.

—Sí, sí, invención mía fué. El que ha llevado tantas riquezas á la señora será otro, algún D. Romualdo de pega... hechura del demonio... No, no, el de pega es el mio... No sé, no sé. Vámonos, Almudena. Pensemos en que tú estás malo, que necesitas pasar la noche bien abrigadito. La *señá* Juliana, que es la que ahora corta el queso en la casa de mi señora, y todo lo suministra... en buen hora sea... me ha dado este duro. Te llevaré á los palacios de Bernarda, y mañana veremos.

—Mañana, *dir* nosotros *Hierusalaim*.

—¿Á dónde has dicho? ¿Á Jerusalén? ¿Y dónde está eso? ¡Vaya, que querer llevarme á ese punto, como si fuera, un suponer, Jetafe ó Carabanchel de Abajo!

—*Luejos, luejos...* tú casar *migo* y ser *tigo migo* uno. *Dirnos* Marsella por caminos pidiendo... En Marsella *vapora...* pim, pam... Jaffa... ¡*Hierusalaim!*... Casarnos por *arreligión* tuya, por *arreligión* mía... *quierer* tú... *Veder* tú *sepolcro*; entrar mí *S'nagoga* rezar *Adonai*...

—Espérate, hijo, ten un poco de calma, y no me marees con las invenciones de tu cabeza *deliriosa*. Lo primero es que te pongas bueno.

—Mi estar bueno... mí no *c'lentura* ya... mí *contentada*. Tú *viener migo* siempre, por *mondo* grande, *caminas* mochas, *libertanza*, mar, *terra*, *legría* mocha...

—Muy bonito; pero ahora caigo en la cuenta de que tú y yo tenemos hambre, y entraremos á cenar en cualquier taberna. Si te parece, aquí en la Cava Baja...

—*Onde quierer* tú, *yo quierer...*»

Cenaron con relativo contento, y Almudena no cesaba de ponderar las delicias de irse juntitos á Jerusalén, pidiendo limosna por tierra y por mar, sin prisa, sin cuidados. Tardarian meses, medio año quizás; pero al fin darían con sus cuerpos en la Palestina, aunque la empre-

diesen por la vía terrestre hasta Constantino-
pla. ¡Pues no había pocos países bonitos que recorrer! Objetaba Nina que ella tenía ya los huesos duros para correría tan larga, y el africano, no sabiendo ya cómo convencerla, le decía: «*Ispania terra n'gratituda... Correr luejos, juyando de n'gratos* ellos.»

En cuanto cenaron se recogieron en casa de Bernarda, dormitorios de abajo, á dos reales cama. Muy intranquilo estuvo Almudena toda la noche, sin poder coger el sueño, delirando con el viajecito á Jerusalén; y Benina, por ver de calmarle, mostrábase dispuesta á emprender tan larga peregrinación. Inquieto y dolorido, cual si la cama fuera de zarzas punzadoras, Mordejai no hacía más que volverse de un lado para otro, quejándose de ardores en la piel y de picazones molestísimas, las cuales no eran motivadas, dicha sea la verdad, por cosa alguna tocante á la miseria que se combate con polvos insecticidas. Ello provenía quizás de un extraño giro que la fiebre tomaba, y que se manifestó á la mañana siguiente en un rojo sarpullo en brazos y piernas. El infeliz se rasca-
ba con desesperación, y Benina le llevó á la calle, con la esperanza de que el aire libre y el ejercicio le servirían de alivio. Después de vagar pidiendo, por no perder la costumbre, fueron á la calle de San Carlos, y subió Benina á

ver á Juliana, que allí le tenía su ropa, y se la dió en un lío, diciéndole que mientras gestionaban para que fuese recogida en la *Misericordia*, se albergara en cualquier casa barata, con ó sin el *hombre*, aunque mejor le estaba, para su decoro, dejarse de compañía y tratos tan indecentes. Añadió que en cuanto se limpiara bien de toda la inmundicia que había traído del Pardo, podía ir á visitar á Doña Paca, que gozosa la recibiría; pero que no pensase en volver á su lado, porque los hijos se oponían á ello, atentos á que su mamá estuviese bien servida, y *suministrada* con regularidad. Con todo se mostró conforme la buena mujer, que en ello veía una voluntad superior incontrastable.

No era mala persona Juliana; dominante, eso sí, ávida de mostrar las grandes dotes de gobierno que le había dado Dios, mujer que no soltaba á dos tirones la presa caída en sus manos. Pero no carecía de amor al prójimo, se compadecía de Benina, y habiéndole dicho ésta que el moro la esperaba en la calle, quiso verle y juzgarle por sus propios ojos. Que la traza del pobre africano le pareció lastimosa, se conoció en el gesto que hizo, en la cara que puso, y en el acento con que dijo: «Ya le conocía yo á éste, de verle pedir en la calle del Duque de Alba. Es buen punto, y muy enamorado. ¿Verdad, Sr. Almadena, que le gustan á usted las chicas?»

—Gustar mi *B'nina*, *amri...*

—Ajajá... Pobre Benina, ¡no se le ha sentado mala mosca! Si lo hace por caridad, de veras digo que es usted una santa.

—El pobrecito está enfermo, y no puede valerse.»

Y como el morito, acometido de violentísimas picazones en brazos y pecho, hiciera garras de sus dedos para rascarse con gana, la ribeteadora se acercó para mirarle los brazos, que había desnudado de la manga. «Lo que tiene este hombre—dijo con espanto,—es lepra... ¡Jesús, qué lepra, *señá* Benina! He visto otro caso: un pobre, del Moro también, mendigo él, de Orán él, que pedía en Puerta Cerrada, junto al taller de mi padrastro. Y se puso tan perdido, que no había cristiano que se le acercara, y ni en los santos Hospitales le querían recibir...

«Picar, picar *mocha*,—era lo único que Almadena decía, pasando las uñas desde el hombre á la mano, como se pasaría un peine por la madeja.

Disimulando su asco, por no lastimar á la infeliz pareja, Juliana dijo á Nina: «¡Pues no le ha caído á usted mala incumbencia con este tipo! Mire que esa sarna se pega. Buena se va usted á poner, si señora; buena, bonita y barata... Ó es usted más boba que el que asó la manteca, ó no sé lo que es usted.»

Con miradas no más expresó Nina su lástima del pobre ciego, su decisión de no abandonarle, y su conformidad con todas las calamidades que quisiera enviarle Dios. Y en esto, Antonio Zapata, que á su casa volvía, vió á su mujer en el grupo; llegóse á ella presuroso, y enterado de lo que hablaban, aconsejó á Benina que llevara al moro á la consulta de enfermedades dermatológicas en San Juan de Dios.

«Más cuenta le tiene — afirmó Juliana, — mandarle para su tierra.

—*Luejos, luejos*—dijo Almudena.—*Dir nos Hierusalaim.*

—No está mal. «De Madrid á Jerusalén, ó la familia del tío Maroma...» Bueno, bueno. Á otra cosa, mujercita mia, no pegues y escucha. No he podido hacer tus encargos, porque... te digo que no pegues.

—Porque te has ido al billar, granuja... Sube, sube, y ajustaremos cuentas.

—No subo porque tengo que volver á los carros de pateta.

—¿Qué dices, granuja?

—Que no va el carro grande por menos de cuarenta reales, y como me mandaste que no pasase de treinta...

—Tendré yo que verlo. Estos hombres no sirven más que de estorbo, ¿verdad, Nina?

—Verdad. ¿Y qué es? ¿Se muda la señora?

—Si, mujer; pero ya no podrá ser hasta mañana, porque este marido tonto que me ha dado Dios, salió antes de las ocho á tomar la casa y avisar el carro, y ya ve usted á qué hora se descuelga por aquí, con todo ese cuajo, sin haber hecho nada.

—Bastante he corrido, chica. Á las nueve entraba yo en casa de mamá con el contrato para que lo firmara. Ya ves si ganábamos tiempo. ¿Pero tú sabes el que he perdido con Frasquito Ponte, que nos ha dado una tabarra tremenda? Como que tuvimos que llevarle á su casa Polidura y yo con grandísimo trabajo. ¡Dios, cómo está el hombre, y qué barullo tiene en la cabeza desde el batacazo de ayer!»

Igualmente interesadas Benina y Juliana en la buena ó mala suerte del hijo de Algeciras, oyeron atentas lo que Antonio les refirió de las consecuencias funestísimas de la caída del jinete en el camino del Pardo. Cuando le vieron en tierra, despedido por el jaco, pensaron todos que en aquel crítico instante había terminado la existencia mortal del pobre caballero. Pero al levantarle, recobró Frasquito, como quien resucita, el movimiento y la palabra, y asegurando no haber recibido golpe en la cabeza, que era lo más delicado, y palpándose en distintas partes del cráneo, les dijo: «Nada, nada, señores; toquenme y no hallarán el más ligero chi-

chón.» De brazos y piernas, si al principio pareció haber salido con suerte, pues hueso roto seguramente no tenía, á poco de echar á andar cojeaba horrorosamente de la pierna izquierda, efecto, sin duda, del violento choque contra el suelo. Pero lo más extraño fue que, al ser puesto en pie, rompió en una charla incoherente, impetuosa, roja la cara como un tomate, vibrante y entrecortada la lengua. Llévaronle á su casa en coche, creyendo que un reposo absoluto le restablecería; frotáronle todo el cuerpo con árnica, le acostaron, se fueron... Pero el maldito, según les dijo después la patrona, no bien se quedó solo, vistióse precipitadamente, y echándose á la calle se fué á casa de Boto, y allí estuvo hasta muy tarde, *metiéndose con todo el mundo*, y provocando con destempladas insolencias á los pacíficos parroquianos. Tan contrario era esto al natural plácido de Frasquito, y á su timidez y buena educación, que seguramente había perturbación cerebral grave, por causa del batacazo. No se sabe dónde pasó el resto de la noche: se cree que estuvo alborotando en las calles de Mediodía Grande y Chica. Ello es que á poco de llegar Antonio y Polidura á la casa de Doña Francisca, entró Frasquito muy alborotado, el rostro encendido, brillantes los ojos, y con gran sorpresa y consternación de las señoras, empezó á soltar de su

boca, un poco torcida, atroces disparates. Combinando la maña con la fuerza, pudieron sacarle de allí y volverle á su casa, donde le dejaron, encargando á la patrona que le sujetara si podía, y que hiciera por darle de comer. Entre otras tenacidades monomaniacas, tenía la de que su honor le demandaba pedir explicaciones al moro por el inaudito agravio de suponer, de afirmar en público que él, Frasquito, hacía la corte á Benina. Más de veinte veces se arrancó hacia la calle de Mediodía Grande, procurando ver al Sr. de Almudena, decidido á entregarle su tarjeta; pero el africano escurría el bulto y no se dejaba ver por ninguna parte. Claro: se había ido á su tierra, huyendo de la furia de Ponte... pero él estaba decidido á no parar hasta descubrirle, y obligarle á cumplir como caballero, aunque se escondiese en el último rincón del Atlas.

«*Si venier mi galán bunito*—dijo el moro riendo tan estrepitosamente, que los extremos de su boca se le enganchaban en las orejas,—dar mi el *patás mochas*.

—¡Pobre D. Frasquito... cuitado, alma de Dios!—exclamó Nina cruzando las manos.—Yo me temía que parara en esto...

—¡Valiente estantigua!—dijo la Juliana.—¿Y á nosotros qué nos importa que ese viejo pintado se chifle ó no se chifle? ¿Sabeis lo que

os digo? Pues que todo eso proviene de las drogas que se pone en la cara, lo cual que son venenosas y atacan al sentido. Ea, no perdamos el tiempo. Antonio, vuélvete á la calle Imperial, diles que preparen todo, y yo iré *al carro* á ver si lo arreglo para esta tarde. Nina, vete con Dios, y cuidado no se te pegue... ¿sabes? ¡Ay, hija, se te pegará, por mucho aseo que tengas! ¿Ves? ya empiezas á sufrir las consecuencias del mal paso... por no hacer caso de mi. Doña Paca me dijo que te permitiera ir allá. Quiere verte: ¡pobre señora! Yo le di mi conformidad, y hoy pensaba llevarte conmigo... pero ya no me atrevo, hija, ya no me atrevo. Habiendo de por medio esta pestilencia, no puedes rozarte... Yo habia determinado que fueras todos los días á recoger la comida sobrante en casa de la que fué tu ama...

—¿Y ya no...?

—Sí, sí: la comida es tuya... pero... verás lo que debes hacer... te llegas al portal á la hora que yo te fije, y mi prima Hilaria te la bajará y te la dará... acercándose á tí lo menos que pueda... Ya comprendes... cada una tiene su escrúpulo... No todos los estómagos son como el tuyo, Nina, á prueba de bomba... con que...

—Comprendo... señora Juliana. Quédese con Dios.»

XL

Las adversidades se estrellaban ya en el corazón de Benina, como las vagas olas en el robusto cantil. Rompianse con estruendo, se quebraban, se deshacian en blancas espumas, y nada más. Rechazada por la familia que habia sustentado en días tristísimos de miseria y dolores sin cuento, no tardó en rehacerse de la profunda turbación que ingratitud tan notoria le produjo; su conciencia le dió inefables consuelos: miró la vida desde la altura en que su desprecio de la humana vanidad la ponía; vió en ridícula pequeñez á los seres que la rodeaban, y su espíritu se hizo fuerte y grande. Había alcanzado glorioso triunfo; sentíase victoriosa, después de haber perdido la batalla en el terreno material. Mas las satisfacciones íntimas de la victoria no la privaron de su don de gobierno, y atenta á las cosas materiales, acudió, al poco rato de apartarse de Juliana, á resolver lo más urgente en lo que á la vida corporal de ambos se refería. Era indispensable buscar albergue; después trataría de curar á Mordejai de